

Segundo domingo de Adviento 2016

EL CAMINO DEL SEÑOR...

(Mt 3,1-12)

Si la primera luz del Adviento ha sido encendida por Noé, con la invitación a entrar en el arca de la Palabra, ahora, le toca a Juan Bautista, ¡la voz que grita en el desierto! Voz que nos incita a **preparar el camino del Señor** (cfr. Mt 3,3). Pero ¿a qué sirve gritar en el desierto? Desalentador si nadie te escucha... La convicción del anuncio, para Juan, ciertamente no está ligada a quien está a su alrededor, sino que ha nacido, crecido y madurado en el desierto; aún más, pertenece al desierto, lugar por excelencia de la Palabra y de los profetas. El desierto calla, la Palabra habla y cuando lo hace, va derecha al corazón (cfr. Os 2,16). Por esto Juan, hombre del silencio y de la escucha, no se desalienta; él deja que la misma Palabra resuene a su alrededor aún sin encontrar respuestas concretas. La tentación de los resultados es muy fuerte y la decepción, en el desierto, podría impulsarnos a repetir las palabras de una vieja canción que decía: «¿Pero quién me lo pide?». Juan, en cambio, nos invita a no ceder, a no dejarnos llevar por la preocupación del éxito o del ¡todo ok! El objetivo es claro, y es diferente: «Preparen el camino del Señor». ¡Atención! Sólo *el preparar* nos compromete, porque el camino no es nuestro, pertenece a Dios. Preparar significa hacer que algo esté listo para ser utilizado. De hecho, ¡el camino del Señor ya existe, sólo debemos prepararnos a verlo y recorrerlo!

¿Cómo? **A través de la toma de conciencia**, el arte que abre la puerta a la realidad. «Quien mira hacia afuera, sueña. Quien mira hacia adentro, despierta», dijo un grande sabio. Despertar para escuchar a Dios en la propia vida, en la Palabra y en la historia. ¡En la escucha valiente, la toma de conciencia traza un camino en el desierto del alma, se convierte en profunda interioridad que, armonizada con toda la persona, da forma a la vida, la hace libre, auténtica, preparada para acoger las sorpresas de Dios: «¡Miren, voy a hacer algo nuevo. Trazaré un camino en el desierto...» (cfr. Is 43,19).

Señor del cielo y de la tierra,
del desierto y de los abismos,
de las estrellas y de los corazones,
ábrenos a la novedad,
muéstranos «tu camino».
Y cuando nos parecerá
demasiado estrecho y cuesta arriba,
y el camino agotador,
concédenos la certeza
de la meta gozosa: Jesús.
Amén.



Francesca Pratillo, fsp

ORACIÓN